

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra, su tratamiento informático, ni su transmisión, sin el permiso previo y por escrito de la Fundación para el Desarrollo de los Pueblos de Andalucía

Edita:
Fundación para el Desarrollo de los Pueblos de Andalucía

Autor:
José María García Márquez

Portada:
Diseñada a partir de un cartel procedente de la Biblioteca del Pavelló de la República
(Universitat de Barcelona)

Diseño y maquetación:
Imprenta Luque, S.L.

© Fundación para el Desarrollo de los Pueblos de Andalucía

ISBN: 978-84-937130-1-0

Depósito Legal: CO-686-2009

**TRABAJADORES ANDALUCES
MUERTOS Y DESAPARECIDOS DEL
EJERCITO REPUBLICANO (1936-1939)**

JOSÉ MARÍA GARCÍA MÁRQUEZ

2009

FUNDACIÓN PARA EL DESARROLLO
DE LOS PUEBLOS DE ANDALUCÍA



PRESENTACIÓN

Con este trabajo de investigación de José María García Márquez, la Unión General de Trabajadores de Andalucía y la Fundación para el Desarrollo de los Pueblos de Andalucía dan a conocer al conjunto de la sociedad, con todo detalle, los nombres de los trabajadores y obreros andaluces que lucharon en el Ejército Republicano contra la sublevación franquista y que pagaron con sus heridas, desaparición o muerte su lucha por la defensa de los derechos y libertades constitucionales.

La edición de este libro aportará a muchas familias información sobre qué les ocurrió a sus seres queridos, información que hasta la publicación de este trabajo desconocían.

Por otra parte, estamos seguros de que esta investigación contribuirá a facilitar el trabajo de los investigadores locales ya que con ella podrán profundizar en la búsqueda de aquellas personas de las que aún no hay ninguna noticia. Y, desde luego, sienta las bases para futuros estudios sobre la participación en el ejército republicano.

Hay muchas cosas que se revelan con este estudio de José María García Márquez y nos llama la atención la alta participación voluntaria para formar parte de un ejército que iba a defender los valores constitucionales.

Respecto a la afiliación sindical y política, es digno de destacar, y merece una atención especial, el alto número de trabajadores y obreros afiliados a la Unión General de Trabajadores que dieron su vida por la República. Y es especialmente significativo que las dos mujeres que murieron por la causa republicana fueran afiliadas de la Unión General de Trabajadores.

Con su trabajo, sacrificio, compromiso y solidaridad promovieron los mejores valores que el sindicato podía proyectar al futuro por lo que su ejemplo debe servirnos para renovar nuestro compromiso para defender los derechos y libertades de los trabajadores y trabajadoras en la sociedad actual.

También quisiera expresar mi agradecimiento a todos los familiares por su profunda generosidad al superar estos terribles acontecimientos. Este sentimiento nos ha dado fuerza para remontar el curso de la historia y reconducirla por caminos de libertad, dignidad y progreso.

En nombre de la Unión General de Trabajadores, y de la sociedad española en general, quiero expresar el reconocimiento del que son merecedores, en la seguridad de que su ejemplo y su memoria permanecerán para siempre entre nosotros.

Manuel Pastrana Casado
*Presidente de la Fundación para el
Desarrollo de los Pueblos de Andalucía
Secretario General de UGT-A*

INTRODUCCIÓN

Hay una tendencia, quizá proveniente de la inercia de la historia en un mundo tan violento desde sus orígenes, a considerar como “normales” las víctimas militares de la guerra. Se considera que los muertos y desaparecidos que ocasionó no los mató nadie, sino la guerra. Se ven como el resultado lógico de un conflicto armado, como víctimas ya incluidas de antemano en el paquete de la contienda. De tal manera que esa lucha, con aviones contra aviones, tanques contra tanques, soldados contra soldados, se considera normal, limpia y hasta “viril”. Sus muertos y heridos no son algo sucio, como los asesinatos de la retaguardia, son, simplemente, pérdidas o bajas, como utiliza el término el lenguaje militar.

Pero, las guerras no son así. Las guerras tienen culpables y responsables con nombres y apellidos. El que inicia una agresión contra un régimen legalmente constituido es un criminal de guerra, ya sea ésta santa o patriótica. Y criminales de guerra fueron los militares salidos de los cuarteles para sublevarse contra la República.

¿Quién mató al recluta que abandonó su pueblo en Jaén o Almería para morir en Brunete o Teruel? ¿La guerra? No. No fue “la guerra”, sino la sublevación de unos rebeldes que quisieron imponer por la fuerza sus razones. No son dos ejércitos enfrentados, sino uno contra una caterva de rebeldes sublevados que no estaba dispuesta a aceptar el marco democrático. O ¿llamaríamos gudarís a los etarras que defienden la lucha armada? Los sublevados no eran ningún ejército, por más que les pese, las tropas rebeldes estaban licenciadas por el presidente de la República desde el mismo 18 de julio de 1936. Se les podría llamar bandoleros, huestes u hordas, pero no eran soldados. Ni Franco o Queipo eran generales, todo lo más ex-generales, pues fueron expulsados del ejército por el mismo presidente de la República. Habría que insistir en esto, aunque fueron los sublevados los que ganaron la guerra y secuestraron la historia y el lenguaje durante tanto tiempo.

Es por esto que los andaluces, como gallegos, aragoneses, catalanes, asturianos, vascos, etc., que murieron o desaparecieron en el ejército republicano, son víctimas de la guerra. De una guerra larga y cruel, provocada por criminales de guerra.

Son más de 8.000 las víctimas que hemos recogido, pero no están todos. Lamentablemente, una parte importante de los documentos que hubieran servido para reconstruir la sangría humana de la Guerra Civil, se perdió con la misma guerra. Es más, en los últimos meses, y sobre todo, desde la ruptura del frente de Cataluña, la ocupación de Barcelona y el éxodo hacia la frontera francesa, ni siquiera se generó documentación alguna en las

brigadas que huían, que hubiera servido para investigar con mayor amplitud las pérdidas republicanas en la contienda. Con la guerra perdida poco importaban ya acreditar muertes y desapariciones para que sus familiares tuvieran derecho a un subsidio o a una pensión, máxime cuando era sabido por todos que la dictadura del nuevo régimen no tendría ningún interés en indemnizar a familiares de “rojos”. Y no solo en los frentes de Levante y el nordeste sino también en el frente sur. Las últimas operaciones bélicas que se registraron en 1939 y que trajeron consigo numerosos muertos y desaparecidos, presentan numerosas dificultades para su reconstrucción.

La gran mayoría de los documentos que se conservan del Ejército Popular de la República y sus milicias, se preservaron por los sublevados con fines represivos y con tales fines se utilizaron durante y al término de la guerra. Como elementos acusatorios en miles de consejos de guerra se utilizaron fichas de alistamiento en batallones milicianos, relaciones de revista de unidades, nóminas, carnés, etc. Incluso los expedientes de muerte en combate sirvieron para acreditar que a una persona no hacía falta procesarla, porque ya no vivía. Los expedientes de desaparición sirvieron para localizar a algunos que habían sobrevivido y eran la constancia de su enrolamiento en el ejército republicano, su militancia política o sindical, su graduación, etc. A esta vorágine represiva debemos, para suerte de la historia, que tanta documentación se haya conservado.

No pretendemos reconstruir batallas y líneas de combate, tácticas y estrategias, mandos y material. No. Esa tarea la dejamos para una auténtica legión de historiadores e investigadores que hacen de la guerra su tema preferido. Invertiríamos un considerable tiempo analizando la multitud de libros, artículos y publicaciones de todo tipo, que se han dedicado a estudiar minuciosamente desde los calibres de las bombas y los percutores de los fusiles hasta los más mínimos detalles de los uniformes, banderas y enseñas. Hasta juegos de ordenador permiten recrear batallas de la Guerra Civil con elección de bando, para que no falten clientes en ninguno de ellos. La guerra siempre ha atraído a muchas personas. Su simbología, sus armas y sus combates (y el cine lo ha demostrado muchas veces) consiguen atrapar casi de forma hipnótica a multitudes, de las que la mayoría, por supuesto, no estaría dispuesta a empuñar un fusil para defender una Constitución.

Tanta ha sido la proliferación de entusiastas de la guerra que basta darse una vuelta por los numerosos foros cibernéticos existentes sobre ella, para comprobar que hoy día se discute y debate más sobre si el blindaje de un carro de combate era tal o cual o si las insignias de un mayor eran estas o aquellas, que sobre lo que ocurrió a millares de viudas y huérfanos, padres y hermanos de las miles de víctimas que ocasionó una guerra sangrienta provocada por una sublevación militar.

Ni siquiera nos importa el curso de esas batallas y sus resultados. Porque no es este un libro de guerra, sino de las consecuencias de la guerra. Aquí no hablaremos de la batalla del Jarama, ni de Belchite o Brunete, de Guadalajara o Teruel, de la Cuesta de la Reina o la Casa de Campo. Aquí veremos, eso sí, como se llenaron de cadáveres andaluces esas tierras. No hablaremos de sus jefes ni de “grandes” estrategias, algunos tantas veces nombrados y que salieron indemnes. Hablaremos de sus tropas anónimas, tantas veces mal

dirigidas y equipadas, de las que, y aquí la frase deja de hacerse tópica para acreditar una realidad, dieron su vida por la defensa de la República.

Es un trabajo sin bibliografía. Y no podía ser de otra forma, ya que no existe bibliografía específica que se sumerja en la frialdad de los nombres de esas tropas anónimas que llenaron los campos y ciudades del país. La abundancia bibliográfica existente para la Guerra Civil y sus batallas, sus divisiones y brigadas, sus mandos, etc., no nos sirve para este trabajo, salvo escasas aportaciones que hemos utilizado para explicar algunos aspectos.

Podríamos haber llevado a cabo únicamente la presentación de las listas de más de ocho mil andaluces víctimas de la guerra, ya que en definitiva esa es la finalidad de este trabajo, pero hemos visto oportuno efectuar un análisis de esos datos que nos acercaran a su comprensión. Por eso hemos insertado cuadros expresivos, que también creemos necesarios.

¿Quién se acordará de nosotros cuando esto acabe? Decía un soldado andaluz y republicano a su familia en una carta dirigida desde Teruel el 30 de diciembre de 1937.

Por eso es también un libro de justicia. De justicia reparadora para la memoria de miles de soldados y milicianos cuyos nombres no se encuentran recogidos en ninguno de los cuarteles y centros militares donde, aún hoy, perviven numerosos recuerdos y objetos de la “gesta” de las tropas sublevadas. Millares de veces se ha rendido y se rinde homenaje a las víctimas militares de las fuerzas golpistas, con millares de toques de oración para el recuerdo. Hora es ya de que los mandos militares, con su jefe el Rey a la cabeza, rindan tributo a este olvidado grupo de soldados que no solo dio su vida por España, sino por algo aún más importante, por su Constitución y sus libertades.

Por último, quisiera reflejar en unas líneas los orígenes de este trabajo. El motivo de este trabajo vino dado al encontrarme en Salamanca, en el Archivo General de la Guerra Civil, investigando otros temas diferentes. Ya había hecho uso del fondo PSET (Pagaduría Secundaria del Ejército de Tierra) a través de solicitudes electrónicas y experimenté las dificultades que entrañaba que no fuera posible el acceso a dicho fondo por localizador geográfico, lo que suponía, sobre todo para la investigación local de la Guerra Civil, que tanto se ha desarrollado en los últimos años, una merma importante. Sobre la marcha, y una vez evaluado el volumen de trabajo posible y los desplazamientos a realizar, comencé a seleccionar dentro del fondo a todos los andaluces que recogía. De forma simultánea seguí con otras investigaciones en curso, a la par que realizaba este trabajo.

Y ello ha sido posible, sin duda, a las facilidades que dicho archivo presenta, tanto en su horario (es de los pocos donde el horario es continuo mañana y tarde), como en su personal. No puedo olvidarme de la ayuda que en todo momento recibí de dicho personal, (Goyo, Antonio, José Manuel, David, etc.) de los que siempre recogí la mejor de las atenciones posibles y que tanto facilitaron mi labor, así como la amabilidad de su actual directora María José Turrión o su anterior responsable, Miguel Ángel Jaramillo, cuando he tenido que solucionar algún problema operativo. Destacar también la celeridad en la obtención y envío de las más de ocho mil fotocopias que fueron necesarias para elaborar este trabajo y la diligente labor del personal administrativo. Siempre hemos conocido el buen funcionamiento

del Archivo de Salamanca y esperemos que la conversión en Centro Documental de la Memoria Histórica, con tan considerable volumen de fondos como está recibiendo, no suponga una merma en el magnífico servicio que ha venido prestando a la investigación.

Quisiera destacar también la generosa ayuda que en la última fase de la toma de datos, me prestó mi compañero Miguel Guardado en muchas horas de archivo. Por último, para que este trabajo viera la luz conté inicialmente con el apoyo de la Asociación Memoria Histórica y Justicia de Andalucía y con la Fundación para el Desarrollo de los Pueblos de Andalucía, que se decidió a su publicación, y a ambas quiero expresar mi agradecimiento.